

EL CANDIDATO

Tres años antes de su muerte Bertolt Brecht reclamaba al teatro alegría, gusto y placer. Y no se refería a la dramaturgia comercial-burguesa sino a la que pretendía concientizar al público para transformar la realidad. "Nuestros espectadores no solamente tienen que escuchar de qué modo se libera al Prometeo encadenado sino que también deben ejercitarse en el placer de liberarlo. Todos los gustos y placeres de los inventores y descubridores, todos los sentimientos de triunfo que experimenta el liberador tienen que ser enseñados por nuestro teatro" (La Política en el teatro, año 1953).

Algunas de las últimas representaciones de Rajatabla, incluso la más reciente de tan fuerte sabor y temática latinoamericana como "El Señor Presidente", al despojarse de todo lo que pudiera ser júbilo exuberante y dionisiaco, mutilaba precisamente el meollo más primordial de la forma de ser latinoamericana como es el barroquismo formalista, la retórica verbal y el temperamento festivo. Uno abandonaba el teatro con la sensación dubitativa de haber asistido a una severa lección de dialéctica política o a un mitin de intelectuales comprometidos con la izquierda. Faltaba savia, urgencia vital y el compás de la existencia concebida como antimitodología cartesiana. Faltaban los desconcertantes recursos y reacciones de nuestro carácter. En definitiva, la vida y sus metáforas, es decir, realismo y esperpento, dos rasgos que al fin y al cabo conviven en nuestra forma de ser y actuar.

La escenificación de EL CANDIDATO es diferente. Por de pronto la "celebración" ha desplazado a la "ideología". De este hecho tan significativo arranca esa torrenciosa de regocijo y apertura hacia el público con tanta intensidad que el espectador deja de ser objeto de alusión o analogías para convertirse en protagonista de verdad, en conversador-saboreador de ese banquete que sirve para desmontar con música y pachanga los ridículos tinglados de la monstrenca institución democrática que se llama "Maquinaria de los Candidatos".

Desde el primer cuadro hasta el último los liados y mendigos (la clase marginal) son quienes de hecho protagonizan el banquete electoral. En última instancia lo sufren, no hay duda pero a la vez saben festejarlo. ¡Masoquismo popular...! explicará algún antropólogo... El tema de EL CANDIDATO es simple. Un comité de Damas, muy caritativas por cierto, va a celebrar un banquete-homenaje para presentar a la Prensa a un Candidato deter-



minado. La maquinaria de su partido se hace cargo de la realización. Contrata a unos pobretones (a quienes desinfectan previamente) para que sirvan de mano de obra y a la vez constituyan el público del mitin-banquete. Al final, después de que las "Señoronas" del Country han comido, han bebido y han violado los reglamentos de su ética, todo vuelve a ser lo que era antes para los pobretones invitados: marginación, desasistencia, engaño y persecución por parte de la policía. "El noble pueblo siempre pierde".

Sumergidos como estamos en la repugnante tremolina electoral EL CANDIDATO desempeña una función medicinal catárquica. Yo salí del salón con el ánimo saludable de haber asistido a un bonche liberador de las tensiones electorales. Un bonche con un texto rico y compacto que vuela desde el simbolismo poético-litúrgico en boca de la "Iniciada"

CARMELO VILDA

hasta el ramplonismo estúpido de las promesas grotescas del Candidato, las chapuceras y triviales conversaciones de las Damas o la picardía criolla de los mendigos. Uno sale reconfortado porque, aunque el final es tan cerrado como al principio, sin embargo el pueblo se ha mantenido vivo, tenaz e indestructible con el único recurso de la viveza y el humor rayano en el sarcasmo. Y entonces brota una esperanza, la ilusión de que se podrá cambiar la realidad con alegría y dolor solidarios.

La "representación" es una fiesta. En ella reside la versatilidad jovial y chispeante, todo un acontecimiento contagioso que despierta resonancias rocheleras. Las Damas pertenecen a la "high-life" y por eso aparecen en escena como modernas Amazonas o estafalarias gigantes cabezonas. De los "mendigos uno es fakir, otro ciego tunante, el tercero mutilado revolucionario, la mujer es vidente. Si a esta galería se añaden los "matones, secretarios de publicidad... y la rocola," ¿qué falta para la fiesta?

EL CANDIDATO no se reduce a un texto de propaganda política sectaria o partidista. Es, por encima de eso, teatro...una corrosiva parodia tan densa que siendo esperpéntica en escasos momentos provoca la carcajada. El público se descarga internamente purificándose juntamente con los actores en un enorme salón en el que todo es escenario y se han suprimido las distancias entre espectador y actor. Resulta verdaderamente trágico comprobar que el Candidato es un pobre pendejo que también orina y camina por la vida disfrazado y constreñido por una "máscara" que se le puede desteñir en cualquier momento. Un pobre diablo que no vale por lo que es sino por el "sambenito" que le han endilgado. ¡Cómo gozan los pobres cuando constatan esta realidad!

Muy flexible, liberado y jugoso he encontrado al grupo RAJATABLA en EL CANDIDATO. No vi las rigideces e histerismos anteriores. Tanto en los desplazamientos por el enorme-salón-comedor como en las demás actuaciones les he visto más serenos, con más adecuación entre palabra y gesto. Hubo un tiempo en que me pareció que prevalecía la gesticulación ritual tan académica que resultaba en definitiva vacía como un slogan. Creo que estamos ante un grupo maduro, creativo que se ha soltado las amarras escolares, experimentales e ideológicas y se ha hecho más incisivo porque al fin y al cabo es ahora más teatral (en el buen sentido) que antes. ¡Me quedo con ganas de ver su próximo estreno...!